

«LUIS NAVARRO. CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE AMÉRICA EN LA HISPALENSE»

Entrevista de Ángel Pérez Guerra
ABC, Martes, 19 de diciembre de 2006

Tras una trayectoria modélica y muchos años de buceo en el Archivo de Indias, se jubila un maestro intachable, de quien se tramita su nombramiento como profesor emérito. Es el penúltimo representante de una saga de investigadores que han hecho Historia. Reconoce como sus maestros a Céspedes del Castillo, Calderón Quijano y Muro Orejón

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANOAMERICANOS

Luis Navarro entró en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos como alumno universitario. Allí promovió mesas redondas semanales. «Era el vivero del americanismo sevillano», señala el catedrático. «Probablemente entonces tenía mayor repercusión social que ahora, aunque yo eso no lo he valorado mucho», admite, si bien matiza que «la Escuela ha sido y es una magnífica biblioteca, adonde con frecuencia hay que ir a consultar libros. Una biblioteca es un elemento insustituible para un investigador». Pero piensa que «la mayor repercusión fue siempre, en la ciudad y fuera, sus publicaciones, en una época en que tenía su propia imprenta.»

– *¿Se ha pasado muchas veces por el mismo punto del camino, esto suena ya a repetición casi automática o ha habido cada vez elementos nuevos que han funcionado como aliciente para renovar la materia?*

– Esto tiene muy pocos casos de repetición. Yo he explicado en esta Universidad prácticamente todas las materias de Historia de América. De Historia de la Cultura tuve que hacerme cargo hace cuatro años, y de otra me he hecho cargo este curso. Tendré que explicar Historia de la Iglesia Contemporánea, cosa que no había explicado nunca. Al final de la carrera está uno renovando los conocimientos y tratando de poner al día los datos para las explicaciones.

– *¿Tiene usted preparado el «programa de la jubilación»?*

– Eso todavía no está claro. Aunque yo cumpla los 70 años el día 5 de enero, es norma de la Universidad que el profesor que ha empezado un curso lo termine. De modo que estaría en activo hasta el 30 de septiembre. Yo sé que para esa fecha estoy ya propuesto como emérito. No me he hecho muchos planes para la jubilación. El día que llegue, y si Dios me da salud, me seguiré dedicando a la investigación.

– *¿Siempre con América?*

– Yo he tenido una pequeña parte de mi investigación dedicada a Sevilla, y también la dirección de tesis doctorales. Es verdad que la mayor parte de mi investigación ha sido sobre América, como la Intendencia en el siglo XVIII, o de manera más concreta, como el norte de Méjico y Cuba.

– *Ahora que enfila la recta final de la carrera docente, ¿qué grandes personajes ven su sombra acrecentarse en su recuerdo como discípulo?*

– Desgraciadamente, no hace un mes que murió don Guillermo Céspedes del Castillo, que fue uno de mis maestros y tenía su despacho donde ahora está el mío. Años atrás murió mi maestro principal, que fue siempre don José Antonio Calderón Quijano, con el que yo hice mi tesina, mi tesis doctoral y mis trabajos de investigación al comienzo. También tuvo importancia para mí don Antonio Muro Orejón, que me enseñó las instituciones indianas. Recuerdo también a Giménez Fernández. Yo tuve unos profesores magníficos, como Hernández Díaz en Arte o don Juan de Mata Carriazo en Historia Antigua. Pero como americanista, mis guías han sido los tres primeros.

– *Da la impresión de que al menos los grandes arsenales, las grandes reservas documentales, están ya agotadas, están vistas. ¿Es así o todavía queda mucho por descubrir del pasado de América en las fuentes originales?*

– Esa pregunta es difícil, sobre todo enormemente amplia, si pensamos que el pasado de América llega hasta el año 2005. Pero hablando solamente de la época colonial, que es en la que yo más he trabajado, queda mucho por descubrir, sobre todo en el Archivo de Indias. No sé si alguna vez se habrán abierto cada uno de los 35.000 legajos que hay en el Archivo de Indias. Pero eso no significa nada; se puede haber pasado por un legajo y no haber apreciado lo que allí existe, no haberle interesado a la persona que va buscando otra cosa. De modo que hay que redescubrirlo siempre. No digamos ya de la interpretación. Lo mismo cabe decir de Madrid, del Archivo de la Marina en la Mancha, o en Simancas. Y por supuesto en los archivos hispanoamericanos, porque hay países que han trabajado mucho sus archivos coloniales, como Argentina o Chile, pero en otros no. Me refiero, por ejemplo, a Colombia, sobre la que he dirigido muchas tesis doctorales. El archivo colonial de Méjico es un océano mayor que el de Indias.

– *¿En qué medida han cambiado la labor del investigador las nuevas tecnologías; sobre todo Internet como medio de cubrir distancias?*

– Quizá el paso más importante es el acceso que tenemos por Internet a una parte del Archivo de Indias, en realidad muy pequeña, o a Simancas. Es una comodidad indiscutible, pero por ahora no ha tenido especial efecto en la marcha de la investigación. Lo que quizá más ha cambiado las técnicas de la investigación es que en el mismo archivo no se ven los papeles en directo, sino en pantalla, como si los viera uno a diez mil kilómetros de distancia. Eso tiene una consecuencia, por lo menos para los viejos investigadores, que siempre nos ha agradado tocar el mismo papel que tuvo el virrey, el Consejo de Indias o el fiscal; verlo, olerlo, tenerlo en las manos. En la técnica tradicional, cuando se tenía un documento en las manos se fichaba allí mismo. Ahora es más difícil. La misma pantalla ocupa gran parte de la mesa del investigador. Ahora se trabaja con la fotocopia, pero no es como cuando se semielaboraba el documento al hacer la ficha; La «cocina» del investigador. Afortunadamente, en el Archivo de Indias hay todavía muchos legajos que no han sido digitalizados. A mí el ordenador me sirve de máquina de escribir. Uno tiene una cierta pereza por incorporarse a esto nuevo que nos llega al final y nos rompe los esquemas que teníamos de tantas décadas de trabajo.